

# TESTIMONIO Y PALABRA: EL RETO DEL EDUCADOR CRISTIANO

Antonio Bueno González

Asociación Cristiana Universitaria de Jaén  
Jaén, 30 de junio de 2005

La palabra "reto" figura en el título de mi charla por el desafío que supone hablaros de algo que con toda probabilidad podéis conocer mejor que yo y, sobre todo, porque me comprometo a hablar desde lo personal y tratar de dar testimonio de mi compromiso como educador cristiano, desde mi doble y afortunada condición de padre y profesor, lo cual no es fácil. Espero no defraudar.

Por una -supongo que dichosa- deformación profesional, cuando me senté a escribir estas líneas, hice un sencillo esquema, siguiendo las enseñanzas de mis maestros que así lo aconsejaban antes de redactar un escrito. He querido enmarcar la charla prestando atención a las palabras. Así, partiendo de la conexión educación-diálogo, quiero detenerme, en este orden, en "el testimonio", "la palabra" y "el reto", términos que aparecen en el título, para concluir con una referencia a la figura de Jesús, como modelo del educador cristiano. En efecto, "todo está en las palabras", que, bien entendidas, encierran gran sabiduría.

## Educación y diálogo

El *Diccionario de la Real Academia Española* (1992, 21ª edición, *DRAE*) da las siguientes acepciones del verbo "educar":

1. Dirigir, encaminar, doctrinar.
2. Desarrollar o perfeccionar las facultades intelectuales y morales del niño o del joven por medio de preceptos, ejercicios, ejemplos, etc.
3. Desarrollar las fuerzas físicas por medio del ejercicio, haciéndolas más aptas para su fin.
4. Perfeccionar, afinar los sentidos.
5. Enseñar los buenos usos de urbanidad y cortesía.

Los infinitivos que se recogen en la primera acepción hacen referencia al origen etimológico latino del término (*educare, ex-ducere*: conducir, encaminar a la persona partiendo de lo que es, de sus potencialidades, lo que supone, ante todo, contar con él e individualizar el proceso educativo). Se habla de facultades "intelectuales" y "morales", una clara alusión a la impartición de conocimientos, de una parte; y a la transmisión de valores, de otra, a través de preceptos (la palabra oral o escrita) y ejemplos (no sólo listas de ejemplos ilustrativos, sino también -¿por qué no?- mediante "el ejemplo", el testimonio).

Educar supone también enseñar urbanidad y cortesía, es decir, urbanidad que se evidencia en la higiene personal y cuidado en el vestir, pero también en la forma de hablar (fomentando hablar bien y penalizando palabras soeces y malsonantes, tan frecuentes hoy día en el lenguaje diario de niños y adolescentes. La cortesía constituye una faceta esencial de la educación y tiende a formar personas amables, correctas y educadas en el trato, que sepan dirigirse a una persona mayor, hablar con corrección a sus compañeros y hablar en público. Me atrevo a decir que algunas aulas, pasillos y patios -y no digamos calles- están faltos de esta cortesía y urbanidad tan precisas en la educación.

La educación está íntimamente relacionada con el diálogo entre padres e hijos, entre docentes y discentes, sobre todo porque gran parte de ella se hace por medio de la palabra y eso es precisamente lo que significa diálogo. Para los griegos *logos* era "la palabra, la razón". *Diá-logos* significa "a través de la palabra, mediante la razón" y supone un paso de información de uno a otro. De ahí que no sean diálogos aquellos ejemplos orales en los que sólo habla una persona (ni son clases verdaderamente educativas aquellas en las que sólo habla el profesor ni -obviamente- tampoco aquellas en las que no dejan hablar al profesor) o aquellos intercambios orales no presididos por "la razón". Sí lo son, sin embargo, las situaciones que se contemplan en dos de las acepciones del *DRAE*: "plática entre dos o más personas que alternativamente manifiestan sus ideas o afectos"; "discusión o trato en busca de avenencia". Es este diálogo el que debe imperar en la relación padres-hijos y en el aula; a esa búsqueda de avenencia en el terreno didáctico se le ha llamado "negociación", y más concretamente "negociación de significado", condición que debe imperar en toda labor docente para que el aprendizaje sea comprensible, significativo para el alumno, le diga algo.

Además, el diálogo, por su carácter transmisor, supone también -y especialmente- saber escuchar. Muchos niños y jóvenes actuales carecen de la capacidad de escucha -a no ser que se trate de música-, se mueven en la era de la imagen y difícilmente resisten un cierto tiempo escuchando. Paralelamente, hay profesores que no prestan oídos a lo que sus alumnos dicen o tratan de decir, por lo que en estricta justicia diríamos que no son educadores. Valgan estas consideraciones también para la relación entre padres e hijos.

Este preámbulo nos lleva a decir que la educación es "diálogo", porque se realiza a través del *logos*, entendido como "palabra" y "razón". Educamos a través de la palabra, lo cual resulta obvio, pero también por medio del ejemplo y del testimonio (con frecuencia más contundente que la palabra) ¿Y qué es el testimonio sino "dar razón" de nuestro ser en nuestro actuar? Palabra y razón se aúnan así en el diálogo educativo y producen la coherencia que el niño quiere encontrar en sus padres y el alumno en sus maestros. Les hablamos -les educamos- con y sin palabras, lo cual ha de suponer para el educador -y muy particularmente para el educador cristiano- un esfuerzo por ser coherente y "razonable", de manera que su forma de educar esté avalada por una vida basada en creencias y valores sólidos.

## El testimonio

En su tercera acepción, encontramos en el *DRAE* la de "prueba, justificación comprobación de la certeza o verdad de una cosa". Es decir, dar testimonio de algo es atestiguar que eso es cierto, que es verdad. De ahí que el verdadero testimonio tenga que ser de palabra y de obra. Quien da testimonio se convierte en testigo, que no es ni más ni menos que el que da fe de algo, el fedatario de lo que se dice. Resulta, pues, evidente, que dar testimonio es ser veraz, ser sincero, fiel a lo que se predica, coherente en lo que se dice y se hace. Luego, para poder dar testimonio se ha de partir de una rectitud y coherencia de vida.

En la educación de los hijos, los padres han de poner un especial cuidado en esta coherencia. Es asombroso cómo los niños, desde pequeños, detectan cualquier incongruencia entre lo que sus padres dicen y hacen, cualquier incumplimiento de una promesa que se les hizo, cualquier olvido, posiblemente involuntario e inconsciente por parte de los padres, pero que para el niño es vital. Lo interpretan como una falta a la verdad, a la rectitud de

comportamiento, dado que los niños asumen (quizá no gratuitamente) que los padres han de ser modélicos en su comportamiento. De igual manera, rechazan diferentes respuestas ante actuaciones similares de los hermanos o falta de sintonía entre lo que dice la madre y el padre. Perciben, aunque lo digan de manera más simple, que tu testimonio no es verdadero, que algo no encaja, que no estás siendo del todo cabal o "legal", que se dice ahora.

En el terreno académico, el testimonio del educador ha de comenzar por estar enamorado de la profesión, sentir vocación por la enseñanza. De nuevo, esto es algo que los alumnos rápidamente perciben, tanto *in praesentia* como *in absentia*. En segundo lugar, se ha de sentir pasión por la materia que se enseña, estar lleno de ella para poder transmitirla. Difícilmente se puede dar lo que no se posee, o transmitir lo que no se tiene. Ocurre igual que con el amor: no se puede dar si no se siente. El docente ha de traslucir que vive la materia, para lo cual un requisito esencial es "hacerse con ella", dominarla. Son muchos los estudios (yo he indagado estos aspectos con mis alumnos en alguna ocasión) que señalan que para los alumnos un síntoma evidente del buen profesor es que conoce bien la materia. Esto exige una sólida y concienzuda preparación, así como una constante puesta al día. Así, se podrá transmitir y llegar al discente, se estará en condiciones de dar justificación y evidencia de la certeza o verdad de una cosa, parafraseando la definición que dábamos de "testimonio". Al igual que ocurre con los hijos, esto es lo que los alumnos esperan de sus profesores. También es dar testimonio reconocer con sinceridad que algo no se sabe -si ése fuese el caso- y comprometerse a recabar más información para aclararlo. Los alumnos percibirán esa sinceridad como coherencia, mientras que si tratamos de engañarlos valiéndonos de nuestra posición privilegiada, tan pronto perciban que te estás inventando algo de lo que no estás seguro ("te lo estás cuajando" en términos modernos de aula), perderán la confianza en ti, ya no les sirves como "testigo".

En el ámbito moral, dar testimonio supone vivir en valores y transmitirlos, de tal forma que vida y educación se han de fundir aquí. Podríamos considerarlo un "riesgo" de la profesión, bendito riesgo diría yo. En otras profesiones, aunque no es lo recomendable, acaso pueda dissociarse la vida personal de la profesional, pero no en el caso de padres y educadores. Para bien o para mal (yo creo que para bien) nos llegamos a convertir en espejos donde se miran nuestros hijos o nuestros alumnos, lo cual puede a veces resultar engorroso e incómodo. Ello se percibe especialmente en pueblos pequeños, donde todos se

conocen y donde el maestro no deja de serlo ni fuera del aula. La lectura positiva de esta situación radica en interpretar esa posible tensión como un continuo acicate para el bien obrar no sólo en casa, no sólo en clase, no sólo unas horas.

Por último, diremos que el testimonio es una especie de diálogo (por medio de la razón) sin palabras. En efecto, en algún otro sitio yo me refería a esta idea, reconociendo que entendemos lo esencial sin palabras (escuchamos a Dios, le dejamos hablar y le conocemos en silencio; así también entendemos a nuestros seres queridos, sabemos lo que nos quieren decir).

Hay silencios altamente significativos, en muchas ocasiones realmente necesarios para poder reivindicar el poder de la escucha, para dar al otro la oportunidad de expresarse (recordemos la charla de Tomás Campoy). Sabemos que a veces la ausencia de palabras es tan significativa como su presencia. En más de una ocasión conviene que callen las palabras y hablen las obras. Ahí radica el verdadero testimonio. También en saber callar en el momento justo, porque a veces el torrente verbal impide la concentración, puede herir al otro o generar conflictos y malentendidos.

"Por sus obras los conoceréis" se nos ha dicho, y es que "obras son amores y no buenas razones". Con frecuencia y quizá con razón, las palabras no son de fiar y hay que remitirse a las acciones. Testimonio es, pues, dar fe de la certeza o verdad de una cosa con las obras, una llamada imperiosa a la rectitud de vida, que si siempre es recomendable, lo es aún más cuando Dios nos ha puesto en nuestra calidad de padres o educadores como referentes de un barro joven al que hay que moldear, compartiendo así -lo cual es un lujo- la labor del Divino Alfarero.

## La palabra

Con motivo de la inauguración del curso 2001-2002 en la Residencia Universitaria "Cardenal Merino" de Jaén tuve ocasión de hablar del poder de las palabras. Baste aquí señalar el valor que, junto con el testimonio, tienen, particularmente en nuestra profesión, en la que encontramos verdaderos "artífices de la palabra". De su importancia ya fueron conscientes los griegos, que la llamaron *logos* (razón) y los latinos, que la identificaron como *verbum* y así llamaron a la parte esencial de la oración. En el evangelio de San Juan (1,1)

se pone el origen de todo en la Palabra (*In principio erat Verbum*), porque la Palabra era Dios y cuando Dios habla al mundo a través de su Hijo, éste deviene Palabra, con lo que es Dios mismo quien se nos da a través de su Hijo, de su Palabra.

Es cierto que las palabras son esenciales y llegamos a identificar a las personas por lo que dicen o por su forma de hablar. De hecho, podemos hacer mucho bien y también mucho daño con las palabras. De ahí la relevancia de conocerlas bien y hacer buen uso de ellas, tarea que compete especialmente a padres y educadores, aunque también a los agentes de los medios de comunicación social, por la indudable influencia que ejercen.

Corresponde a padres y educadores, en primer lugar, ofrecer un buen modelo lingüístico, puesto que sabemos que niños y alumnos desarrollan la lengua en gran medida por una frecuente exposición a modelos lingüísticos adecuados, válidos y fiables. Es, pues, nuestra responsabilidad cuidar el lenguaje, que se convierte en fuente de imitación y así poder contrarrestar otros influjos que les llevan a utilizar términos imprecisos, incorrectos y hasta malsonantes o bien códigos bienvenidos por su modernidad, pero que tienden a empobrecer la lengua (mensajes en móviles y correo electrónico). Hablemos bien para que nuestros niños y nuestros jóvenes hablen bien en la casa, en la escuela y en la calle.

Pensemos que la expresión lingüística se convierte a menudo en reflejo verbal del alma del que la utiliza: "de la abundancia del corazón habla la boca". Estoy convencido de que hablar a alguien es una forma específica de quererlo (de hecho, tendemos a manifestar el enfado negándole la palabra). De ahí que considere esencial hablar en casa entre padres e hijos (siempre que lo permita la televisión o Internet) y en clase entre alumnos y profesores (en la medida en que las prisas por terminar el programa lo hagan posible). Hablarles es una forma clara de llegar a ellos, de hacerles ver que estamos interesados en sus cosas. Dejarles hablar, escucharles, evidencia que les prestamos atención, que sus asuntos nos resultan relevantes, que participamos de ellos, que sus inquietudes se convierten en las nuestras y que estamos dispuestos a compartir con ellos, a ayudarles si es necesario, a tratar de resolver sus dudas y sus preguntas. Esto es también dar testimonio.

Para el educador cristiano (padre, profesor, catequista), la palabra se convierte también en ocasión preciosa para hablar de Dios, que debe ser frecuente motivo de alusión y conversación en casa y en clase, uno más de la familia, del grupo, el más importante. De manera especial, hablar de Dios, que es una obligación ineludible del cristiano como compromiso con la nueva evangelización, se hace especialmente palpable en la catequesis y en las clases de Religión, aunque entiendo que no debe limitarse a estos contextos. Hoy que tanto se habla de "temas transversales" e "interdisciplinariedad", ¿qué más interdisciplinar, más transversal que la presencia paterna de un Padre que subyace en todos los actos de nuestra vida, que nos acompaña en nuestro andar diario, que nos brinda a través de su Hijo un modelo de vida digno de imitar, que nos ofrece compartir una Madre a la que podemos acudir y presentar nuestras cuitas y anhelos? Asumo que hablar de Dios y "de sus cosas" tiene cabida en cualquier materia y en cualquier momento, porque supone hablar de "vida" y de "vida nueva", digna de ser vivida. También nuestra palabra tiene que referirse a Dios, siempre que sea posible.

## El reto

En lo que precede queda implícito el reto que conjugar testimonio y palabra supone para el educador cristiano. Quiero, no obstante, hacerlo aquí algo más explícito.

En primer lugar, lo dicho supone aunar expresión y acción, hablar y actuar sin doblez. Es evidente que el cristiano ha de descartar la hipocresía y ello se hace particularmente evidente cuando la posición de padre, profesor o catequista te sitúa como punto de referencia de personas más jóvenes. Hemos de ser conscientes de la gran responsabilidad que ello supone: Dios ha puesto en nuestras manos arcilla joven para ser moldeada. Cuidemos de no hacerles daño, porque "lo que hicierais a uno de éstos, mis hermanos pequeños, a Mí me lo hicisteis". Hablando en positivo, ¡qué privilegio de situación para poder hacer el bien!, ¡con qué cariño cuando se tiene una cierta edad se recuerda la educación recibida de nuestros padres o de nuestros primeros maestros!

Conjugar testimonio y palabra supone, en segundo lugar, que los labios siempre hablen de la abundancia del corazón. El educador cristiano ha de estar lleno de Dios para poder hablar de Él; henchido de amor por los demás para poder recomendar obras de amor a sus hijos o a sus alumnos; empapado en su

materia para poder trasmitirla; loco, en fin, por su vocación de padre, profesor o catequista para poder irradiarla y animar a los jóvenes a que hagan de ello un ideal de vida.

Conviene dar un tercer paso cualitativo: que podamos ser entendidos sin palabras (como recuerdo con cariño y nostalgia que nos entendíamos mi padre y yo), sólo con mirarnos a la cara. ¡Qué hermoso el diálogo de miradas que se establece entre padres e hijos que se entienden bien, entre alumnos y profesores que han contactado, que han "empatizado", ¿por qué no?, "simpatizado"! Permítanme que haga la comparación: es como un diálogo de enamorados. Cuando se pone amor en las cosas, sobran las palabras, que dejan paso a la dedicación, a ponerse en el lugar del otro (no otra cosa es la empatía), a conseguir que el otro sepa que estoy ahí siempre por si me necesita (difícil reto al que a menudo se enfrentan padres y profesores: estar para ayudar, pero sin interferir demasiado, como cuando los hijos se van haciendo un poco mayores o cuando los alumnos trabajan por parejas o en grupo).

Además, testimonio y palabra suponen, respectivamente, ser testigos y portavoces de nuestra fe, de nuestras convicciones, de nuestras creencias, de nuestro estilo de vida, de nuestro compromiso. No callar y no callarse. El educador cristiano ha de sentirse orgulloso de serlo, ha de proclamarlo y dejar constancia de la fuerza interior que le mueve a actuar como lo hace, pero sin alharacas ni pretendidos orgullos, sino con el compromiso diario, ése que hace que la gente se pregunte: "¿por qué estará siempre sonriente y dispuesto a ayudar?", "¿por qué transmite *ese feeling* en casa, en clase?", "¿por qué le buscan para todo?", "¿qué o quién le da fuerzas para no tirar la toalla?". Y si tenemos la fortuna de que alguna vez nos lo pregunten, contestar sin dudarle que es Dios quien actúa en nosotros y que somos meros instrumentos en sus manos ("es el Señor quien lo ha hecho, ha sido un milagro patente"). No tengamos miedo de confesarnos cristianos en nuestro ambiente; solemos tener carnés y tarjetas identificativas de las asociaciones, grupos, equipos o partidos a los que pertenecemos y se nos suele olvidar dar cuenta de nuestra esencial vinculación al grupo de los cristianos.

Por último -y no menos importante-, el educador cristiano comprometido debe convertirse en "voz de los sin voz", que tiene que ver con la opción que todo cristiano debe tener por los más pobres, tanto de dinero como de espíritu. De manera concreta, en el campo educativo, nos habla de padres



preocupados especialmente por el hijo que presenta algún tipo de problema o atraviesa por una situación especialmente delicada; de profesores que dedican una atención especial a alumnos con dificultades personales o académicas, que detectan alumnos que son ignorados, vilipendiados o ridiculizados por el resto de la clase o que están solos en los recreos; de profesores, en fin, que perciben posibles problemas familiares a través del comportamiento de alumnos determinados y que tratan de ayudarles en la medida de sus posibilidades.

En todos estos casos, se debe partir de una actitud atenta y despierta para detectar posibles problemas a tiempo, seguida de un ofrecimiento de ayuda en la medida de las posibilidades de cada uno o, en su caso, el recurso a personas que cuenten con preparación específica para determinadas cuestiones problemáticas (orientadores, psicólogos, trabajadores sociales). También -y especialmente- en estas situaciones delicadas resulta esencial el testimonio, que en ocasiones pasa por la no grata tarea de hacer caer en la cuenta al grupo completo o a determinados grupillos en clase del daño que pueden estar causando a personas determinadas. En este sentido, el educador ha de convertirse en garante del respeto que debe presidir cualquier relación humana, cortando de raíz cualquier situación (chistes, bromas pesadas, motes) que atente contra ello.

## El modelo

Se ha dicho que los padres o los maestros se convierten en referentes, en modelos para sus hijos o sus alumnos. Pero ¿qué modelo tienen los educadores como punto de referencia? Diremos con contundencia que el modelo para el educador cristiano ha de ser Cristo, la Palabra hecha carne, que no es ni más ni menos que decir "hecha testimonio, vida", porque "habitó entre nosotros" (cfr. Jn 1, 14). Y ¿cómo habitó entre nosotros?, ¿cómo vivió Jesús? Por decirlo en pocas palabras, sabemos que pasó haciendo el bien, ayudando, dando ejemplo ("amaos como yo os he amado", "vete y haz tú otro tanto"), denunciando las injusticias (lo cual le acarreó problemas tan serios como la propia muerte) y luchando contra el mal, al que fue capaz de vencer con su Resurrección. Éste es el Cristo que nos ha de servir como modelo, el Cristo resucitado, que es como decir que vive en nuestro tiempo, el Cristo que hay que llevar cada día al hogar, a la clase, al grupo de catequesis y cuyo manual de preceptos y ejemplos es el Evangelio.

Observemos aquí que hemos dado un paso cualitativo en el desarrollo de la charla: al hablar de testimonio y palabra nos hemos referido, por una parte, al testimonio de vida que ha de dar el educador cristiano y, de otra, a la palabra desde el punto de vista académico, como razón, *logos*, emparentada con la certeza y la veracidad de algo. Ahora estamos hablando de la Palabra con mayúscula, el Ejemplo con letra capital, lo que supone huir de todo lo que suponga vana palabrería. En la Eucaristía que, con motivo de la festividad de San Isidoro, patrón de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, cada año celebramos, a menudo leemos un pasaje de la I Carta de San Pablo a los Corintios, del que extracto esta cita (2, 1-5):

“Yo, hermanos, llegué a anunciaros el testimonio de Dios no con sublimidad de elocuencia o de sabiduría, que nunca entre vosotros me precié de saber cosa alguna, sino a Jesucristo, y éste crucificado. Y me presenté a vosotros en debilidad, temor y mucho temblor; mi palabra y mi predicación no fue en persuasivos discursos de humana sabiduría, sino en la manifestación del espíritu de fortaleza, para que vuestra fe no se apoye en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios”.

Ésta debe ser la predicación (*prae-dicere*: “decir antes, adelantarse a decirlo”) del educador cristiano: no la sabiduría de los hombres (que también es precisa, si nos referimos al contenido de las materias) sino la sabiduría de Dios, que nos ha puesto el ejemplo en un Cristo comprometido y resucitado, que sigue entre nosotros. Este referente nos ayudará también a entender la inteligencia y la sabiduría que podemos tener como proveniente de Dios, por lo cual hemos de darle gracias, ser humildes (¡cuántas veces nos hemos sentido como San Pablo “en debilidad, temor y mucho temblor”, sobre todo en los primeros años de docencia!) y poner a producir nuestros talentos para que puedan dar frutos en la educación de nuestros hijos y alumnos, para ayudarles a crecer.

Curiosamente, y la lengua es sabia, existe en inglés un verbo, *bring up* - perdonad que ya salió la Filología Inglesa, como no podía ser de otra forma-, que significa “criar” y “educar”, dos verbos claramente emparentados con la idea de “crecer” tanto “en estatura” como en “gracia y sabiduría”, como crecía el Niño Jesús, idea particularmente evidente en el adverbio *up* del verbo frasal inglés. Crianza y educación están relacionadas con crecimiento y desarrollo. Así nos lo recordaba el entonces Sr. Obispo de la diócesis de Jaén, D. Santiago

García Aracil, en la Homilía Jubilar de Cristianos Educadores (30 de enero de 2000):

"Educar es ayudar a tomar conciencia de toda la riqueza corporal y humana con que Dios ha bendecido a cada uno, y a procurar su desarrollo para gloria de Dios en la plenitud personal, en el servicio caritativo a los demás, en la contribución al progreso, a la justicia y a la paz".

Se convierte así la educación, como sabiamente señaló el Padre Gras, fundador de las Hijas de Cristo Rey, en cuyos Colegios se han formado y siguen formándose muchas generaciones de jóvenes, en "una segunda creación". En efecto, esta bendita tarea de educadores nos permite compartir con Dios la obra de la Creación, que no es poco.

Educar a una persona -ya se dijo- es amarla, quererla. En efecto, cuando recordamos el ejemplo de Jesús decimos que pasó haciendo el bien y "enseñando", porque quien bien quiere a una persona, le enseña y no le enseña nada malo. No así quien le quiere mal. De ahí que los padres debamos estar tan agradecidos a los maestros y profesores de nuestros hijos, porque colaboran en la tarea educativa. El amor de unos padres a sus hijos, de unos maestros a sus discípulos se demuestra en la forma en que los educan. Releyendo los Hechos de los Apóstoles, nos vuelve a sonar la forma en que reconocían a los seguidores de Jesús, por la manera en que lo ponían todo en común, plasmada en la expresión "Mirad cómo se aman". ¡Ojalá alguna vez puedan decir de nosotros como padres o como maestros: "mirad cómo quieren a sus hijos o a sus discípulos" a juzgar por la forma en que los enseñamos y educamos! No cabe mayor satisfacción. Ahí está el reto.